

ciertamente alterar una circunstancia importante, no sólo sin necesidad, sino contra la versión leyendaria, ya acreditada, que llegó á preponderar entre los hagiógrafos y entre los artistas. Una *casulla* ofrece la Madre de Dios al santo Arzobispo en la relación del *Flos Sanctorum*, de Fr. Pedro de Ribadeneira, y en el texto del P. Flórez, en la *España Sagrada*, y lo propio acontece en el cuadro de San Ildefonso, de Murillo, que grabó Selma; en la gran medalla de mármol de la capilla de San Ildefonso de la catedral de Toledo; en el magnífico fresco, pintado por Lucas Jordán con admirable riqueza y fantasía, en la extensa bóveda de la sacristía del mismo suntuoso templo, y en innumerables obras de arte extranjeras, entre las cuales merece especial recuerdo, como obra maestra de Rubens, el famoso tríptico existente en el Museo de Viena. La Virgen, sentada en un trono, presenta una suntuosa *casulla* al Metropolitano de Toledo. En esta admirable pintura se hallan representados, de rodillas, el archiduque Alberto, gobernador de los Países-Bajos, y su esposa la infanta D.^a Clara Isabel Eugenia, hija de Felipe II.

Es, pues, verosímil que el rey Alfonso tuviese á la vista el *Milagro*, de Gautier, y no el de Berceo. Pero teniendo en cuenta el diferente desarrollo y carácter que se advierte entre la extensa, minuciosa y doctrinal relación del trovero francés, y la sencilla y rápida canción narrativa del Monarca de Castilla, puede fundadamente conjeturarse que la fuente inmediata de la cantiga II no fué solamente el *Miracle de Saint Hyldefonse*, sino alguna de las diferentes versiones latinas que indudablemente conocía el docto Rey. ¿Cuál fué esta versión? ¿Quién puede asegurarlo?

No debió de ser la Vida que de San Ildefonso escribió San Julián de Toledo, su primer biógrafo y encomiador (1), porque no menciona todavía la tradición de la celestial vestidura; ni la *Vita seu gesta Sancti Ildephonsi Episcopi Toletanensis Sedis metropolitani*, que en el siglo VIII, esto es, en el siguiente al de la existencia del Santo, escribió Cixila (Metropolitano de Toledo desde el año de 774 al 783), porque este Prelado no designa la clase de vestidura sagrada con que Santa María recompensa al defensor de su pureza virginal, limitándose á decirle que reciba un corto obsequio, sacado del tesoro de Dios (2).

Tampoco hubo de ser fuente inmediata de dicha cantiga la Epístola del monje *Hermán*, trovero francés del siglo XII, para el Obispo de Laón, porque llama *casulla* al celestial presente de la Virgen (3).

Más razonable parece imaginar que la versión que tuvo á la vista el castellano Monarca fuese la de Vicente de Beauvais ó la de Pothon, ó acaso la *Vita beati Ildefonsi*, escrita por *Fray Rodrigo Cerratense*, autor del siglo XIII (4). Concuerdan los pormenores de la cantiga

(1) Nicolás Antonio: *Bibl. Vet.*, lib. v, cap. vii.—Fabricius: *Bibliotheca latina mediæ et infimæ ætatis*, t. iv, lib. ix.

(2) «Accipe MUNUSCULUM de manu mea, quod de Thesauro Filii mei tibi adtuli.» (Véase el texto latino de la *Vida de San Ildefonso*, por Cixila, en *La España Sagrada*, t. v. Se hallan los manuscritos principales en el códice gótico del Escorial.)

(3) «CASULLAM pretiosissimam quam B. Dei genitrix S. Ildefonso Toletanæ civitatis Archiepiscopo dederat ob remunerationem trium libellorum quos de Virginitate sua composuerat.» (Véase Nicolás Antonio: *Bibl. Vet.*, lib. v, núm. 281.)

(4) Dióla á luz por primera vez el P. Flórez, en el tomo v de *La España Sagrada*.

con los de estas relaciones latinas, hasta en la circunstancia de ser *alba*, y no *casulla*, la vestidura celestial (1).

El célebre historiador religioso Juan Mabillón se inclina á creer que llamaban *alba* á la *casulla*, porque era blanca (2); pero no concuerdan con la opinión del ilus-

(1) Así dice Vicente de Beauvais: «ALBAM sacerdotalem attulit ei dicens: hoc vestimentum de Paradiso filii mei attuli.»

Pothon dice: «Vestimentum quod nos ALBAM sacerdotalem vocamus, ei attulit.»

He aquí las palabras del Cerratense:

«Att' ei Virgo Sanctissima:..... De vestimentis perpetuæ gloriæ vestimentum attuli tibi quo vestiarius in die et solemnitate mea..... Hisque dictis disparuit, et vestimentum quod nos ALBAM vocamus, ei reliquit.»

Gil de Zamora, en sus dos versiones, copia estas últimas palabras: «Vestimentum, quod nos ALBAM vocamus», etc.

(2) «Albam quandoque vocabant Casulam illam, quod ex panno albo confecta esset.»—*Annales ordinis S. Benedicti*, lib. xv, núm. 10.

El Rdo. P. Fita, que ha hecho ingeniosas observaciones acerca de este asunto (*Estudios históricos*, t. III), combate la opinión del sabio benedictino francés, alegando (con la autoridad del Padre jesuíta Pedro de Cavañas, el cual en el siglo XVI vió la celebérrima vestidura entre las reliquias del *Arca Santa*, trasladada desde Toledo á Oviedo hacia el año 777—*Esp. Sagr.*, v, pág. 315), que el color de la tal vestidura no era blanco, sino «turquesado....., algo pálido con la antigüedad del tiempo..... Su hechura de la forma de un capuz portugués, sin capilla».

Sospecha el P. Fita que *alba* ó *alva* no designe el color blanco, sino simplemente *cedal finísimo*, y que provenga de la voz arábica *albaz*. Vemos, en efecto, en el *Glosario* de Eguilaz (de acuerdo con Raimundo Martín), que *albaz* significa «tela en general, de lino, algodón ó seda».

Abrígame dudas, sin embargo, acerca de la adecuada aplicación de estas conjeturas al vocablo *alba*, tal cual lo hallamos en las narraciones hagiográficas, porque en ninguna de ellas parece empleado con significación genérica, sino para designar una vestidura sacerdotal determinada.

Es asunto que requiere aún mayor estudio. No deja de llamar la atención, y no se explica fácilmente, que Berceo, inmediatamente después de haberla llamado por dos veces *casulla*, llame *alba* á la divina vestidura:

«de vestir esta alba á ti es otorgado».

tre benedictino francés las palabras del Cerratense que en el mismo siglo XIII habla del *alba* como de una vestidura especial y determinada (*vestimentum quod nos ALBAM vocamus*).

El mismo Gautier de Coincy, contemporáneo del Cerratense, nos ofrece también irrefragable testimonio de que en aquellos apartados tiempos no se confundían los nombres del *alba* y de la *casulla*, aunque ésta fuese blanca.

En el *Milagro* de San Ildefonso, la Virgen trae del cielo un *alba* para el Arzobispo toledano. En el *Milagro* de San Bono, obispo de Clermont en el siglo VII (milagro muy semejante al de San Ildefonso), la Madre de Dios premia la devoción y la virtud del santo Prelado con el dón de una portentosa *casulla* inconsútil, labrada por manos inmortales. Pero es el caso que la tal *casulla* es «más blanca que la nieve suspendida en las ramas de los árboles», y no por eso ocurre á Gautier llamarla *alba*, como llamó á la vestidura entregada á San Ildefonso por la Reina del cielo.

Así dice la Virgen á San Bono:

«Biau douz amis, je ne weil mie
que por naient m'aies servie;
ains averas ceste chasuble:
a mon servise ades (al punto) l'afuble.
.....
Tant parest souef (su ave), sanz mentir,
qu'à poine la puet on sentir;
et c'est plus cler et plus très blanche
que noif (nieve) negiée n'est sus branche.»

En otro pasaje de la misma leyenda se ve claramente que Gautier no confundía el nombre de las cosas sagra-

das. El sucesor en aquella silla episcopal, hombre soberbio y dado al vino, decía en un arrebato de vanidad que él era más hábil en el canto que su antecesor, y que si la Virgen le oyese cantar le otorgaría sin titubear el dón de algún ornamento sagrado:

«tost me dorroit (*daria*) par aventure
chape ou *chasuble*, *aube* ou *ceinture*,
s'ele m'avoit oï chanter.»

Berceo da igualmente en esta leyenda muestras de independencia literaria.

El hecho ocurre de muy diferente manera en su narración, y su cuadro tiene mayor unidad, y es más sobrio y de mejor gusto que en Gautier (1).

El Santo metropolitano celebra en la catedral una solemne función en honor de Santa María, acude la gente de Toledo, y estando ya sentado el Prelado en su *preçiosa cátedra* (silla) se aparece la Madre de Dios,

(1) El trovero mezcla en su leyenda el milagro del alba inconsútil y el de la resurrección de Santa Leocadia. De ambos prodigios habla asimismo la cantiga, lo cual es un indicio más de que al rey Alfonso sirvió de guía Gautier, y no Berceo. Éste ni habla del milagro de Santa Leocadia, ni mienta siquiera á la Santa, que en la extensa relación del monje trovero representa papel muy importante.

Muéstrase también harto árido y prolijo, para una obra poética, en las censuras morales. El sabio abate Poquet, en su hermosa edición de Gautier de Coincy (Paris, 1857. — 169 ejemplares), ha juzgado prudente suprimir gran parte del texto, en el cual la pintura de la corrupción de los clérigos y de los falsos devotos le pareció poco digna de la publicidad por lo declamatoria, sutil y descarada.

Puede verse el texto completo de la leyenda de San Ildefonso, de Gautier, en la colección de Dominique-Martin-Méon, *Fabliaux et contes des poètes français des XI^e, XII^e, XIII^e, XIV^e et XV^e siècles.*

llevando en la mano el libro que acerca de su virginidad había escrito San Ildefonso, y al entregarle la casulla labrada por manos divinas para premiar su fe y su virtud, le dice:

«Otro que la vistiere non será bien hallado.»

Sucedió al Santo en la Sede arzobispal un *calonge lozano*, esto es, un canónigo alegre y disipado, que con avilantez y soberbia se empeñó en vestir la casulla ante el pueblo toledano, escandalizado y estremecido. Era ancha y holgada la celestial vestidura, pero vino tan estrecha al osado Siagrio (1) que le apretó el cuello hasta el punto de dejarle sin vida:

«Púsoli la garganta commo cadena dura;
fué luego enfogado por la su grant locura.»

Aunque, como hemos visto en autorizadas versiones hagiográficas, fué *alba* y no *casulla* el presente divino, tal vez haya adoptado Berceo deliberadamente la segunda de estas vestiduras sagradas, como más adecuada al romancesco y trágico remate que da á la leyenda.

La Iglesia, en sus escritos litúrgicos, cuenta el hecho con gran sencillez y con circunstancias diferentes. Después de ensalzar al santo sucesor de San Eugenio, por haber refutado con gran sabiduría y expulsado de España á los heresiarcas que propagaban el error de Helvidio, que negaba la virginidad de María, se limita á decir que, habiendo bajado Ildefonso de noche á la iglesia para el Oficio de los Maitines de la Expectación de la

(1) Le llaman algunos *Sigiberto*, que murió desterrado. Véase Sandoval, *Fundación de San Benito*. (Observación de Sánchez.)

Santa Virgen, los que le acompañaron retrocedieron espantados al ver con súbito resplandor iluminado el templo. El Santo llegó animoso hasta el altar: vió y adoró á la Virgen, y recibió de sus santas manos una vestidura (*vestem*) para uso del Sacrificio (1).

En la visión de Gautier, la Virgen ocupa, cual Soberana (*comme Royne assise*), la sede arzobispal, y presagia males para cualquiera (excepto Ildefonso) que se atreva á sentarse en ella:

«Maus l'en venra s'il si assiet.»

Siagrio se reviste con el alba, pero no puede sentarse en la cátedra, y expira repentinamente:

«En la chaiere vout séoir,
mais il n'en pout avoir pooir,
ainçois (*antes*) mourut de mort soubite.»

Á este desenlace, bien diferente del de Berceo, corresponde el que adopta el Monarca castellano. La Virgen exclama:

«..... Par Deus, mui'eanjo
sería et orgulloso

(1) El Breviario monástico (Oficio de San Ildefonso) dice así:

«Hæreticos quosdam, qui in Hispania hæresim Helvidianam, tollentem perpetuam Mariæ Dei Genitricis virginitatem disseminabant, doctissime confutavit, et ab Hispania ejecit.... Beata Maria miraculo servi sui confirmavit. Cum enim Ildefonsus ad preces matutinas Expectationis beatæ Mariæ in Ecclesiam nocte descenderet, comites ejus in Ecclesiæ limine, fulgore quodam repentino deterriti retrocesserunt: ille vero intrepidus ad aram progressus, Virginem ipsam vidit et adoravit, ab eademque vestem, qua in Sacrificiis uteretur, accepit.»

quen ss'en esta ta cadeira,
se tù non es, s'assentasse.

.....

Don Alfonso dice (coincidiendo en la frase con Gautier) que el alba vino del *Paraiso*, y denota, en fin, en cuanto cabe en su brevísimo cantar, que tenía á la vista, ó cuando menos en la memoria, el libro del piadoso benedictino de San Medardo.

Hemos juzgado conveniente hacer esta digresión con respecto á la leyenda de San Ildefonso, para patentizar con este ejemplo cuán temerario es aventurarse á señalar la versión verdadera de donde los poetas de la Edad-media tomaban los asuntos de sus cantares. Dar con la *f fuente primordial y directa* es hoy día afán y gloria de los investigadores de las letras románicas; pero lograrlo de un modo seguro y cabal, es por lo común empeño temerario.

Otros encuentros y reminiscencias podríamos señalar. He aquí breves muestras de la analogía de pensamiento ó frase que á veces se advierte entre ambos autores.

Así empieza en Gautier el milagro del niño que resuscita cantando el *Gaude Maria*:

Sainte Esriture nous esclaire. ...

Así la cantiga del rey Alfonso:

Porend' a Sant' Escriitura.....

De este modo pinta Gautier la gentileza y el despejo del niño, y el embeleso que producía su canto:

Un seul enfant avoit sans plus
qui tant iert biaux et gens (era hermoso y gentil)....

.....